

# Lo cotidiano y lo **extraordinario**: los textos de Svetlana Alexievich como recurso para la enseñanza de la historia de la Unión Soviética

*The everyday and the out of the ordinary: texts by Svetlana Alexievich as a resource to teach Soviet Union history*

Escrito por Prof. **Matías Rodríguez Metral**

## **Resumen**

En este artículo se busca mostrar la potencialidad del uso de los textos de Svetlana Alexievich, Premio Nobel de Literatura, como fuente para la enseñanza de la experiencia soviética en el aula. Dado el estilo de la producción de esta autora, que combina diferentes testimonios sobre algunos de los momentos más traumáticos del siglo XX soviético, como la Gran Guerra Patria, la invasión a Afganistán, el accidente de Chernóbil y el derrumbe del “socialismo real”, se pretende mostrar las posibilidades que contienen sus libros para la enseñanza, en clave de alteridad y empatía con ese “otro” mundo. Para ello, se presentará una selección de fragmentos tomada de sus obras en español, proponiendo líneas interpretativas para su análisis en una clase, en relación a diferentes dimensiones de la historia de la Unión Soviética. Previamente, se revisa la distinción entre Historia y Literatura, de la mano de lo aportado de Ivan Jablonka, lo que permite contextualizar la producción de la escritora bielorrusa. Asimismo, se repasan algunos aportes historiográficos recientes sobre la Unión Soviética, en especial desde la perspectiva revisionista, que ha centrado su atención en la experiencia social y política de las personas que allí vivieron.

**Palabras clave:** alexievich, unión soviética, historia, literatura.

## **Abstract**

This article intends to explore the use of texts by Nobel Prize winner Svetlana Alexievich to teach about the Soviet experience in history class. Provided this author's style, characterized by the combination of different testimonies of traumatic moments in the twentieth century like the Great Patriotic War, the invasion of Afghanistan, the event of Chernobyl and the collapse of real socialism, this text will try to show the potential of the texts for teaching from the perspective of empathy and alterity of this Other world. In so doing, a selection of extracts from a Spanish version of the author's texts will be presented and interpretive criteria will be established for their analysis in class which will be oriented towards different dimensions of Soviet history. A distinction between history and literature will be reviewed from the perspective of Ivan Jablonka, which will allow for a contextualization of the Belarusian writer. Likewise, a number of historiographic recent contributions on Soviet history will be reviewed, especially a revisionist perspective which centers on the social and political experience of this period.

**Keywords:** alexievich, soviet union, history, literature.

## **Introducción'**

La enseñanza del pasado siempre resulta un desafío importante, en el sentido que implica la necesidad de acercar al estudiante a una realidad diferente, que requiere tanto comprensión como descentración. Esta preocupación me ha acompañado en el abordaje de la experiencia soviética en el aula. El devenir que va de octubre de 1917 a diciembre de 1991 es, ya lo sabemos, central en la conceptualización del siglo XX y, consecuentemente, tiene un importante rol en los programas liceales con los que trabajamos. La construcción del “socialismo real” supuso una experiencia de ingeniería social (término que aparece en diversa historiografía sobre el tema), en el sentido de la emergencia de una sociedad con rasgos sumamente particulares, crecidos en buena parte del período dentro de un enclaustramiento fuerte, y que abrevaban en diferentes rincones, desde las convicciones ideológicas de las sucesivas generaciones de líderes bolcheviques hasta las ancestrales tradiciones rusas –entre otras influencias étnicas–.

Ese conjunto, que además tuvo proyección en diferentes parte del planeta, fue “otro” mundo que,

parafraseando a Tzvetan Todorov, es un desafío y una oportunidad en el aula. Por un lado, nos exige pensar muy bien cómo acercar al estudiante a una realidad donde todo –o casi todo– era distinto a nuestro presente. Por el otro, también es una chance de trabajar la empatía y la alteridad, de ejercitar la comprensión de lo diferente, de ampliar la sensibilidad y fortalecer la vivencia de los derechos humanos. Este interrogante, como siempre, no es original: uno está continuando caminos que hicieron otros. En particular, me parece importante destacar un trabajo de Analía Alfaro, donde analiza el uso de un reportaje de Gabriel García Márquez, *De viaje por los países socialistas*, como recurso didáctico para la enseñanza de la historia soviética. Allí se destacaba cómo pudo acercar a los estudiantes a la realidad cotidiana de los soviéticos, a sus expectativas y desencantos (Alfaro, 2006).

Es así que, caminando esta senda, me encontré con los textos de Svetlana Alexievich, la Premio Nobel bielorrusa. Reconozco que no la conocía antes de que fuera galardonada en el 2015, pero una vez que comencé a leerla quedé profundamente impactado. Habiendo al día de hoy cinco textos traducidos al español, en ellos conviven la tragedia, la alegría, el dolor, la supervivencia, la memoria, los olvidados, en fin, muchos trazos de la humanidad que habitó ese inmenso mundo que abreviamos cómodamente como URSS. Ahora, el uso de esta fuente en clase me generó preguntas, yendo dos de ellas hacia cuestiones relevantes. Primero, la obra había ganado su premio como “literatura”, lo cual implicaba algunas dudas de corte epistemológico. Segundo, no era menor pensar cómo se relacionaban esas memorias provenientes de anónimos con lo que la historiografía sobre la Unión Soviética, especialmente la más reciente, ha aportado.

Por tanto, en esta artículo pretendo, primero, contar cómo resolví algunas de esas dudas, de la mano de los aportes de Ivan Jablonka. Segundo, buscaré explicar de qué manera una parte de la historiografía reciente sobre el socialismo soviético nos invita a trabajar con la obra de Alexievich. Y, finalmente, presentaré algunos ejemplos de cómo se podrían usar esos textos para la enseñanza de la sociedad surgida de los “diez días que estremecieron al mundo”.

### ***Historia y literatura: idas y vueltas de una diada compleja***

En la reflexión sobre el uso de los trabajos de la escritora bielorrusa me ha sido una gran ayuda la obra de Jablonka. Este historiador francés busca repensar la distinción entre la historia y la literatura, buceando tanto en las tradiciones teóricas de ambos campos como en ciertos lugares comunes que la han sustentado. En primer lugar, hace hincapié en que la mirada que le asigna a la historia el “contar lo que sucedió”, a diferencia de la literatura que se concentraría en la “forma”, olvida que en la primera la escritura tiene un rol fundamental. Nos recuerda que el historiador construye una historia, con una puesta en intriga, lo que implica “inventar” los hechos, al seleccionar, jerarquizar y combinar, entre otras operaciones, su materia prima. Así, la historia para Jablonka es un “posibilidad de experimentación literaria”, donde las “pruebas” van unidas al “relato”, en una “literatura que obedece a las reglas del método” (2016: 257-258). Este autor hace un recorrido temporal, donde destaca que la historia, como las demás ciencias sociales, debieron despojarse de sus rasgos literarios para legitimarse, pero llama en el presente a construir una historia “más literaria”, que sea “más rigurosa, más transparente, más reflexiva, más honesta consigo misma” (Jablonka, 2016: 319).

Entre otros puntos, rescata la necesidad de que reaparezca la subjetividad en la historia, en su triple dimensión del “yo-testigo”, que está en contacto con lo investigado; el “yo de la investigación”, que se encuentra implicado con el asunto tratado; y el “contra-yo”, vinculado a los valores que posee el investigador (Jablonka, 2016: 297-298).

De la mano de esta propuesta de “reconciliación” viene una valorización de la literatura “de lo real”, como una “investigación sobre los hombres” (Jablonka, 2016:258). Esta se define por el deseo de comprensión, por la potencialidad explicativa que tiene para abordar el mundo. Una buena muestra está en los textos surgidos bajo la sombría experiencia concentracionaria del siglo XX, entre los cuales Jablonka destaca a Varlam Shalamov con sus *Relatos de Kolimá*. En él encuentra el “documento memoria”, donde se combina la presencia con la autenticidad en una “prosa vivida”, conformando una “literatura testimonio” (Jablonka, 2016: 236). En esta misma línea podemos hallar a Primo Levi, quien en *Si esto es un hombre* busca contar la Shoah de la forma más “literal” posible, yendo a lo esencial, priorizando la concisión, pero vibrando de “pasión, de ira, de vergüenza, de dolor” y destilando ironía; la contención es “pudor” (Jablonka, 2016: 269).

Vale la pena ver algunas de estas ideas en otro texto de Jablonka, *Historia de los abuelos que no tuve*. A diferencia del anterior trabajo, allí se propone “contar una historia”, pero cargada de subjetividad, al destacar que ese es el punto de inicio de su carrera de historiador: la ausencia de abuelos paternos, devorados por las “tragedias del siglo XX: el estalinismo, la Segunda Guerra Mundial, la destrucción del judaísmo europeo” (Jablonka, 2015: 11). A esto suma un desafío inquietante, ya que “la Historia los ha

pulverizado”, casi no queda nada de ellos, por lo que concibe a su libro como “una biografía familiar, una obra de justicia y una prolongación de mi trabajo de historiador” (Jablonka, 2015: 12). Y al cerrar su trabajo, con mucha sinceridad define así su periplo:

“

*Vivir en el pasado, y particularmente en ese pasado, es enloquecedor. Pero la verdadera causa de mi insomnio es el fracaso. En el transcurso de esta investigación, que me llevó a explorar unos veinte archivos, que me hizo conocer a toda suerte de testigos, que me condujo a Polonia, Israel, Argentina, Estados Unidos, que me hizo trabajar con textos en idish, hebreo, polaco, español, inglés, alemán, di lo mejor de mí, nieto e historiador, atraído por la llama desnuda de la verdad frente a la cual nuestros corazones intentan en vano cauterizarse. He tratado no de ser objetivo –eso no quiere decir gran cosa, pues estamos anclados en el presente y encerrados en nosotros mismos–, sino radicalmente honesto, y esa transparencia respecto de uno mismo implica colocarse a la más rigurosa distancia y, a la vez, involucrarse al máximo. La doble necesidad de decir “yo” y de evitar el tono enfático y lloroso que las circunstancias podrían justificar, el deber de dar parte tanto de mis certezas como de mis dudas, de mis intuiciones como de mis renunciaciones, convierten a mi trabajo en un documento intransigente, un poco como me figuro a mi abuelo. Resulta estéril contrastar científicidad y compromiso, hechos exteriores y pasión de aquel que los anota, historia y arte de contar, ya que la emoción no proviene del pathos ni de la acumulación de superlativos: brota de nuestra tensión hacia la verdad. Es la piedra de toque de una literatura que satisface las exigencias del método. (Jablonka, 2015: 345-346)*

”

De ese trabajo, entre las muchas aristas destacables, la elaboración de hipótesis para llenar los vacíos es un eslabón central. En uno de los pasajes finales, luego de revisar varias posibilidades de llenar uno de los tantos vacíos en la historia que lo ocupa, concluye que “entre lo plausible y la fantasía, el límite ya no es muy nítido” (Jablonka, 2015: 345). El esfuerzo del historiador en contar su historia, en imaginar posibilidades, aparece en pleno. Esto se aproxima a lo que hace otro autor que, desde la literatura, se ha encontrado en los mismos avatares: Javier Cercas en *El monarca de las sombras* se propone bucear en la vida de su tío abuelo, un combatiente falangista que murió en la Guerra civil Española. Explicitando las múltiples cautelas que se exigía en su búsqueda en el pasado, no deja de señalar el rol que tiene la imaginación y la identidad en la escritura. Así, señala ante uno de los muchos ribetes desconocidos que solo puede atenerse a los “hechos”, lo que implica estar “casi seguro de que nunca” sabrá algunos aspectos” (Cercas, 2018: 79). Al mismo tiempo, ante esos vacíos se cuestiona si debe “dejar de escribir, ceder la palabra al silencio” (Cercas, 2018: 142), pero reivindicando la posibilidad de imaginar los escenarios posibles, de “aventurar alguna tímida conjetura, alguna hipótesis razonable” (Cercas, 2018: 239).

A partir de lo señalado, pienso a los textos de Alexievich en ese punto donde la literatura nos ayuda a comprender fragmentos de ese mundo desaparecido, rasgos que de otra manera podrían ser inasibles, dado que viene de la mano de testimonios casi anónimos, de personas que, de no haber sido entrevistadas, entrarían en ese “silencio” que tantas veces nos detiene. Asimismo, es una obra que destila identidad, compromiso con el tema por parte de la autora, que si bien muchas veces busca invisibilizarse, no deja de dar cuenta que esa historia que “otros” están contando es también “su” historia.

### **La historiografía sobre la Unión Soviética: apuntes para pensar su enseñanza**

El estudio del período soviético acumula múltiples tradiciones interpretativas, y es necesario ser consciente de la polemicidad historiográfica que contiene, derivada de su intrínseca politización. Lo controversial es un rasgo definitorio del estudio del “socialismo real”, lo que implica la revisión de

diferentes corrientes, así como la exigencia de una actualización bibliográfica constante, teniendo en cuenta la aparición de nuevos repositorios de fuentes. En su historia del comunismo, David Priestland propone una clasificación de los enfoques sobre el tema. El primero, de escasa vigencia fuera del bloque de comunista y hoy casi desaparecido, se anclaba en ortodoxia marxista moscovita, que veía a la URSS como la vía al comunismo, de acuerdo a las leyes del desarrollo histórico postuladas por Karl Marx y Friedrich Engels. Los otros dos puntos de vista, de mayor presencia en la historiografía, tienden a ser antagónicos. Por un lado, las visiones desde la “modernización”, que percibían en los comunistas a “modernizadores racionales técnicamente instruidos”, que lograron transformar países atrasados y que, pese a puntualmente cometer excesos de violencia, tendían a dejar de lado la represión extrema. Por el otro, la mirada que hacía hincapié en la “represión”, donde el comunismo se caracterizaba por el terror, la violencia, y el dominio de un minoría por sobre la mayoría de la población. Si bien los autores que se adscriben a esta línea pueden disentir acerca de la definición de los gobernantes comunistas, unos destacando su ambición de poder, otros señalando su concepción ideológica, tienden a confluir en el uso del concepto de totalitarismo para describir a la URSS. Ante esta multiplicidad de visiones, Priestland opta por abordar el marxismo con una caracterización bifronte, ya que afirma la existencia de una tendencia “radical”, movilizadora, revolucionaria y heroica, que convivía con una vertiente “modernista”, tendiente al desarrollo económico, el conocimiento técnico y el crecimiento de las burocracias (2010:15-20).

En gran medida, esta distinción acerca de las tradiciones interpretativas del proceso soviético es compartida por Traverso, que advierte que la perspectiva comunista oficial funcionó como un “mito”, frente a la cual se erigió el “contramito negativo” de las miradas anticomunistas, que analizaban al comunismo como un “fenómeno totalitario” o como una “ideocracia”, determinada por una ideología (2012: 71-73). Ante esto propone partir de que el comunismo es un “Jano de dos cabezas”, que comprende tanto al “sistema totalitario” como a “fuertes aspiraciones emancipadoras”, y que tuvo un importante magnetismo sobre amplios sectores de la población mundial (Traverso, 2012: 103-104).

A esto se debe sumar la constante renovación de los estudios sobre el “socialismo real” y, en particular, la experiencia soviética, fruto de la apertura de archivos posterior a 1991. Como ejemplo, los abordajes sobre la represión, un asunto central especialmente en el período estalinista, se han visto renovados. Los recientes aportes permiten sumar perspectivas a la que planteó a fines de los sesenta Robert Conquest en una temprana obra, que según la categorización de Jorge Saborido entra en la perspectiva “intencionalista” o “totalitaria” del “Gran Terror”, la cual le asigna a Stalin una responsabilidad central en la represión, por su afán de poder. Más recientemente, el trabajo de Moshe Lewin abona esta mirada al destacar el rol del *vozhd*, incluso vinculando sus rasgos personales con la “paranoia sistémica” que definía al modelo soviético (2006: 75). Frente a estas, surgió un punto de vista “revisionista”, que interpreta a las purgas como una forma extrema de lucha política (Saborido, 2009: 142).

Dentro de esta última están presentes alguno de los estudios que abordan la dinámica de poder del régimen de Stalin, donde la vivencia del terror a nivel cupular es encuadrada dentro de la “revolución de Stalin” (Fitzpatrick, 2012).

En este sentido, se pueden destacar dos aportes para estudiar el período la represión estalinista. Por un lado, para profundizar en la comprensión del proceso interno del PCUS durante la compleja y peligrosa década del treinta, la obra de J. Arch Getty y Oleg V. Naumov se vuelve central, al relevar la documentación de aquel, en especial de los plenos del Comité Central. Esta obra ilustra la complejidad del proceso represivo, destacando las personas y los grupos que acompañaron a Stalin, y explicando cómo la “élite bolchevique” se atemorizó ante los grandes cambios económicos y sociales vividos principios de los treinta, llevando esta “inseguridad” al extremo en 1937, cuando el mismo terror arrasó a una parte de esa dirigencia. Asimismo, resalta el deseo de control que tenía la dirigencia soviética tanto sobre el país como sobre el creciente aparato estatal, a la vez que destaca lo extendida que estaba la noción de “limpiar” al Partido (2001). Por el otro, y complementariamente, Orlando Figes hace una reconstrucción monumental de las vivencias de las víctimas de la represión del estalinismo, escudriñando diferentes trayectorias individuales y familiares en la URSS.

Esa obra aporta una perspectiva más social para conocer el terror en una duración más amplia, a la vez que propone explicaciones para muchas de las claves del proceso. Por ejemplo, al examinar el Gran Terror combina la reconstrucción del recorrido de un dirigente bolchevique del Comintern, Osip Piatnitski, con la reflexión sobre el origen del proceso, que para este autor está en el temor al ataque exterior. Además, elabora una potente explicación para la pasividad y las confesiones de los comunistas arrestados, a partir de la fe en el socialismo y en el Partido (Figes, 2009).

La experiencia soviética implicó la construcción de una sociedad original, que presentó rasgos propios e, inclusive, según varios autores, un perfil antropológico singular: el *homo sovieticus*. Como define la misma Alexievich:

“

*Todos los que venimos del socialismo nos parecemos al resto del mundo tanto como nos diferenciamos de él: tenemos un léxico propio, nuestra propia concepción del bien y el mal, de los héroes y los mártires. También tenemos una relación particular con la muerte. En los testimonios que recojo aparecen constantemente palabras y expresiones que hieren el oído: disparar, fusilar, liquidar, mandar al paredón, y otras que constituyen las variantes soviéticas de la desaparición: arresto, diez años de condena sin derecho a correspondencia, emigración. ¿Qué valor puede tener la vida humana, si llevamos grabado en nuestra memoria que millones de personas morían hace muy pocos años? Estamos llenos de odio y prejuicios. Los hemos heredado del Gulag y la guerra horrible que libramos. De la colectivización, la eliminación de los kulaks, las deportaciones de pueblos enteros... (Alexievich, 2015: 9).*

”

Muchas veces la mirada sobre la URSS se queda con lo “extraordinario”, pero como advierte Kurt Schlogel ello iba en simultáneo con la cotidianeidad de una sociedad que convivía con el terror y la utopía (2014). La comprensión de la dinámica de la sociedad soviética en ocasiones ha sido oscurecida por los trabajos que se usan el concepto de totalitarismo, en el sentido de que la noción de control total puede implícitamente sugerir la imagen de una población pasiva. Como señala Saborido, en el estalinismo el conformismo y la obediencia convivían con la formación de nuevas “clases medias” deseosas de ascenso social mediante la educación, así como con el compromiso de muchos ciudadanos con la represión, en especial mediante las denuncias masivas a partir de 1937 (2009:150-153). Uno de los estudios más útiles es el de Sheila Fitzpatrick, que reconstruye esa cotidianeidad signada por un omnipresente Estado, la crónica escasez, la formación educativa universitaria y el terror, entre otros factores, que exigía de ese *homos sovieticus* múltiples facetas, pero que por sobre todo lo convertían en un sobreviviente (2019).

En cierta manera, lo que aquí tenemos es el impulso que la historiografía revisionista le ha dado la investigación sobre el pasado soviético. De acuerdo a Jorge Saborido (2003), esta corriente desde la década del setenta del siglo XX navegó en tres dimensiones distintas. En primer lugar, en el estudio del proceso revolucionario ruso “desde abajo”, ampliando el rango de fuentes usadas, para llegar a la experiencia de los diferentes sectores sociales. En segundo lugar, se concentraron en abordar el impacto de personas “comunes” en los acontecimientos políticos, analizando las interacciones entre el acontecer popular y la lucha política. En tercer lugar, han buscado revisar también las percepciones dominantes sobre la economía y la política. Un buen ejemplo de esto es la propia trayectoria de la ya mencionada Fitzpatrick, que originalmente se concentró en los estudios sobre la sociedad, pero que recientemente se ha dedicado al abordaje del mundo político del “equipo” de Stalin. Asimismo, los trabajos de Orlando Figes también son una buena muestra de esta historiografía, al combinar el estudio de los procesos políticos a la luz de las experiencias individuales, alimentados por una gran diversidad de fuentes.

Claramente, no hay ninguna intención de tomar esta perspectiva historiográfica como la exclusiva vía de acceso al pasado soviético. Es más, estos trabajos han recibido duras críticas desde la historiografía liberal, como lo demuestran la ácida revisión de Martin Malia a algunos trabajos de Fitzpatrick, reivindicando el prisma interpretativo del totalitarismo, es decir, del “poder ideocrático coercitivo” (2003). Sin embargo, para la tarea que ahora nos proponemos, los trabajos revisionistas permiten acceder a la experiencia de los soviéticos, a los susurros de esos habitantes que, debajo del poder totalitario, igual se movían.

### **Las voces de Svetlana Alexievich**

Como se mencionó, hay cinco textos de esta escritora traducidos al español, que comenzó su producción a mediados de los ochentas, de la mano de la apertura política y cultural que trajo la

perestroika de Mijail Gorbachov. Su primer libro, sobre la vivencia de las mujeres en la Segunda Guerra Mundial, debió esperar inclusive a 1985 para ser publicado. Estos textos se dedican a la experiencia de las mujeres y los niños en la “gran guerra patria” –*La guerra no tiene rostro de mujer y Últimos testigos. Los niños de la Segunda Guerra Mundial*–, de los combatientes en Afganistán y sus familias –*Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la Guerra de Afganistán*–, de los sobrevivientes del accidente de Chernóbil –*Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*–, y de la caída del comunismo en la Unión Soviética –*El fin del “Homo sovieticus”*–.

El estilo de Alexievich es muy particular, dado que tiende a centrar sus libros en las voces de múltiples entrevistados –a veces identificados, a veces anónimos, casi siempre ubicados socialmente–, poniendo de relieve sus relatos sobre los hechos que escudriña, revelando una intimidad que, a su vez, dice mucho de ese mundo que ya no existe.

Como ha señalado Francois Dosse, es un “trabajo de memoria, de testimonios y de escritura” (Erbeta, 2016). Esto implica darle voz a gente sencilla, que en general es anónima, para que cuenten muchas veces con crudeza sus recuerdos. En cierta forma, lo que hace es un montaje documental, una labor periodística, de diferentes tragedias que signaron la vida en la Unión Soviética. Quizás una buena forma de definir sus textos es retomando una definición de Katsiaryna Rudenia, que dice que Alexievich elabora “obras polifónicas” (2019).

Lo que me propongo realizar a continuación es presentar una selección de textos, en base a los cuatro primeros trabajos de Alexievich, que me han servido para analizar la experiencia soviética, o que me han llamado la atención para el uso en clase, en parte porque me ayudaron a comprender procesos estudiados. Estos ejemplos no obedecen a una búsqueda exhaustiva ni excluyente, sino que son opciones realizadas desde el lugar enunciado, es decir, el de la enseñanza del pasado soviético. Lo que se tratará de exponer es la potencialidad de los textos de Alexievich para una práctica de enseñanza que apunte a la comprensión de diferentes dimensiones de la experiencia soviética, que en particular no deje de lado las aristas sociales y cotidianas de sus habitantes, que pueden ser puentes para que nuestros estudiantes conozcan a esos “otros”. Para hacerlo de forma más clara, los comentarios se dividirán en dos períodos: los años de la Segunda Guerra Mundial, enmarcados en la experiencia estalinista, y la década del ochenta, a la luz de la invasión a Afganistán y el accidente de Chernóbil, bajo las reformas de Gorbachov.

### ***La Gran Guerra Patria y la vida bajo el estalinismo***

En este apartado se tomarán algunos fragmentos de los textos de Alexievich dedicados a las vivencias de las mujeres y los niños durante la Gran Guerra Patria, nombre con el cual los soviéticos designaron al conflicto iniciado con la invasión de la Alemania nazi en junio de 1941. Empecemos por este relato de una partisana:



“

*Yo siempre había creído... Yo había creído en Stalin... Había creído en los comunistas. Yo era del partido. Creía en el comunismo... Para ello vivía, había sobrevivido para ello. Después del discurso de Jruschov en el XX Congreso, cuando habló de los errores de Stalin, caí enferma. No podía creer que fuera verdad. En la guerra yo también gritaba: "¡Por la Patria! ¡Por Stalin!". Nadie me había obligado... Yo lo creía... Era mi vida... (...) Combatí durante dos años en un grupo de partisanos... (...) Finalmente comunicaron a Moscú que yo estaba herida. Era diputada del Sóviet Supremo. Era una persona importante, mis paisanos se enorgullecían de mí. Procedo de lo más bajo, soy una simple campesina. Vengo de una familia de campesinos. Me afilié al partido siendo muy joven... (...) Perdí las piernas... Me las cortaron... En el bosque me salvaron la vida... La intervención se llevó a cabo en unas condiciones pésimas. Para operarme, me subieron a una mesa, ni siquiera había yodo, me cortaron las piernas con una simple sierra, ambas piernas... Me tumbaron sobre la mesa y no había yodo. Fueron a buscar yodo a otra unidad situada a seis kilómetros, y yo mientras tanto allí, estirada sobre la mesa. Sin anestesia. Sin... En vez de anestesia había una botella de aguardiente casero. No había nada, solo una simple sierra... De carpintero... (...) No tengo nada mío. Solo las órdenes, las medallas, los diplomas de honor. El Estado me construyó la casa. Es una casa grande porque no hay niños, por eso parece tan grande... Y los techos parecen tan altos... Vivo aquí con mi hermana. Ella para mí es una hermana, una madre, una niñera. Me he hecho vieja... Por la mañana ya no soy capaz de levantarme sin que me ayuden... (Fiolka Fiódorvna Strui, partisana, en Alexievich, 2016: 307-309).*

”

Como se puede apreciar, más allá de la crudeza del texto, propia del enfrentamiento en el frente oriental, esas “tierras de sangre” al decir de Timothy Snyder, aparecen dos elementos típicos de la vida bajo el estalinismo. Por un lado, el rol de Stalin, que creció fuertemente durante el conflicto, engrandecido por el culto a la personalidad, acumulando títulos y convertido en un símbolo de la derrota del nazismo –inclusive más allá de las fronteras soviéticas–. Esto explica el impacto que tuvo la denuncia de su persona realizada por Nikita Jruschov en el Congreso del Partido Comunista soviético de febrero de 1956, no solo en los asistentes –uno incluso sufrió un colapso cardíaco que le quitó la vida–, sino también en el movimiento comunista internacional. Por el otro, es patente el rol del Estado en la vida de esta partisana que salió mutilada de la guerra, ya que aparece como proveedor de bienes para sus ciudadanos. En segundo lugar, tenemos a una suboficial del Ejército Rojo:

“

*Estaba embarazada del segundo... Mi hijo tenía dos años, yo estaba encinta. Estalló la guerra. Mi marido combatía en el frente. Me fui al pueblo donde vivían mis padres e hice... Ya me entiende... Aborté... En aquella época estaba prohibido... ¿Cómo podía dar a luz? Alrededor había tanto dolor... ¡La guerra! ¿Cómo se puede dar a luz si te rodea la muerte? Hice un cursillo de criptografía, me enviaron al frente. Deseaba la venganza por la hija que unca tuve. A mi niña... (Liubov Arkádievna Chárnaia, cabo mayor, criptógrafa, en Alexievich, 2016: 76).*

”

El choque entre la vida familiar y la guerra, entre los proyectos y lo inesperado, es claro en el recuerdo de esta mujer. Además de la tragedia personal, aparece el tema del aborto en la Unión Soviética, que tuvo una trayectoria particular. Como señala Francois Navailh, el régimen surgido de la Revolución de Octubre legalizó, de la mano del trabajo del Jentodel, la Sección Femenina del Comité Central del Partido Comunista, lo había autorizado sin restricción alguna en 1920. Sin embargo, las políticas conservadoras en lo familiar del estalinismo conllevaron que fuera prohibido en 1937, salvo prescripción médica (Navailh, 2000). Es en este último marco donde se da la experiencia de la suboficial, que también muestra que, inclusive en los regímenes con mayor control de la vida de las personas, hay espacios para la toma de decisiones más allá de la voluntad del poder estatal.

En tercer lugar, tenemos un largo relato, que vale la pena citarlo in extenso de una enfermera:

“

*Así era yo cuando me fui a la guerra. A combatir. Pero en la guerra escuchaba conversaciones en voz baja... De noche, los heridos fumaban en los pasillos. Unos dormían, otros no. Hablaban de Tujachevski y de Yakir... ¡Habían desaparecido miles, millones de personas! ¿Dónde? ¿Cómo? Los ucranianos contaban... cómo les obligaban a unirse a los koljós... Cómo le reprimían... Cómo Stalin provocó una hambruna, ellos lo llamaban "la hambruna". Las madres enloquecidas se comían a sus hijos... Y eso ocurría en un lugar donde la tierra es tan fértil que si plantas un palo seco te crece un árbol. Los prisioneros de guerra alemanes empaquetaban esa tierra y la enviaban a sus casas. Tan generosa es. La capa fértil es de un metro. Las conversaciones eran en voz baja, a media voz... Nunca hablaban en grupo, solo entre dos personas. El tercero sobraba, el tercero podía ser un chivato... Le contaré un chiste... Se lo contaré para no llorar. A ver... Hay unos presos hablando de noche en un barracón. Se preguntan entre ellos: "¿A ti por qué te han encerrado?". Uno dice: "Por decir la verdad", el otro: "Por mi padre...". Y el último responde: "Por pereza". ¿Cómo?! Todos se sorprenden. Y les cuenta: "Pasamos la noche en compañía de unos amigos, estuvimos contando chistes. Regresamos a casa tarde, mi mujer me preguntó: '¿Vamos ahora a denunciar o ya les denunciaremos por la mañana?'. 'Por la mañana, ahora tengo sueño.' Y por la mañana vinieron a arrestarnos a nosotros".*

*Es gracioso. Pero no apetece reírse. Es para llorar. Llorar.*

*Después de la guerra... Todo el mundo esperaba el regreso de los familiares del frente, mi madre y yo los esperábamos de los campos. De Siberia... ¡Sí, claro que sí! Hemos vencido, hemos demostrado nuestra lealtad, nuestro amor. Ahora tienen que creernos.*

*Mi hermano regresó en 1947, a mi padre no le encontramos... Hace poco fui a ver a mis amigas del frente de Ucrania. Viven en un pueblo cerca de Odesa. En la plaza central del pueblo hay dos obeliscos: la mitad de la población murió de hambre, y los hombres cayeron todos en la guerra. ¿En Rusia cree que alguien se ha atrevido a contabilizar a todos los que murieron? A lo mejor si pregunta a los pocos que sobrevivieron... Hija mía, para contar nuestra Historia hacen falta centenares de personas como usted.*

*Para describir todos nuestros sufrimientos. Nuestras incontables lágrimas. Ay, hija...*

*(Nastasia Aleksándrovna Kupriyánova, enfermera de quirófano, en Alexievich, 2016: 355-6).*

”

Este recuerdo es particularmente fascinante, porque conviven el horror de la represión estalinista, especialmente en Ucrania, y el humor para explicarlo, en un clima de susurros que, como señala Figes, era el tono de voz habitual para contar aquello que entrañaba peligro (2009). Es decir, para la narradora la guerra, con su incontrolable ampliación de la libertad, aunque fuera en migajas y bajo fuego, permitió acercarse a la experiencia de la hambruna ucraniana de 1932-33, a la vez que habilitó la enunciación de su propio sufrimiento familiar, dado que esperaba la liberación de seres queridos de los campos del sistema Gulag. A la vez, el chiste, que como señala Fitzpatrick era una de las formas encontradas por los soviéticos para desafiar al poder estatal, detalla el auge del Gran Terror de 1937, que masificó el sistema de denuncias políticas (2019).

Pasando a los recuerdos de los niños durante la guerra, nos encontramos con el siguiente:

“

*Éramos tres hermanas: Rema, Maya y Kima. Rema viene de «Revolución, Electrificación y Mecanización». Maya viene de la conmemoración del Primero de Mayo. Kima viene de «Komunisticheski Internacional Molodiozhi» [Internacional Comunista de Juventud]. Fue nuestro padre quien se inventó esos nombres. Era comunista, se afilió siendo muy joven.*

*Y así nos educaba. En nuestra casa había muchos libros, había retratos de Lenin y de Stalin. En los primeros días de la guerra lo enterramos todo bajo el suelo del cobertizo; solo dejé *Los hijos del capitán Grant*, de Jules Verne.*

*Mi libro favorito. Me pasé la guerra leyéndolo y releyéndolo (Kima Múrzich, doce años, en Alexievich, 2016: 49).*

”

La vida en la URSS, en especial en los años veinte y treinta, de construcción y experimentación para ese proyecto socialista, implicaba una fuerte politización de la vida cotidiana de sus habitantes, en particular de aquellos que tenían un compromiso particular con el Partido Comunista y sus organizaciones. Como detalla Figes, a fines de los años veinte los juegos infantiles, como “rojos y blancos” o “allanamiento y requisita”, buscaban que los niños aceptasen la división soviética entre “buenos” y “malos”, así como que construyeran la noción de “enemigo” (2009). En este caso, lo que se presenta es una politización de los nombres de los hijos, que buscan celebrar logros del régimen soviético, así como una de sus principales festividades y su organización internacional.

Por último, un sobreviviente narra la llegada de la Wehrmacht a su pueblo:

“

*Se llevaron a mi padre, y a nosotros nos trasladaron al gueto; así empezó la vida detrás de una alambrada. La casa que nos asignaron estaba junto a la carretera, todos los días caían palos rotos a nuestro patio. Se podía ver a uno de los nazis, estaba de pie, delante de la portezuela de nuestro patio, y cuando llevaban un grupo a ejecutar, ese nazi pegaba a la gente con un palo.*

*Cuando el palo se rompía, lo tiraba hacia atrás. A nuestro patio. Yo quería verlo mejor, no solo de espaldas, y una vez lo vi: era bajito y calvo. Gemía y resoplaba. El hecho de que fuera tan normal y corriente trastornó mi imaginación infantil... (...)*

*Mi madre estaba fuera de casa cuando en el gueto empezó el pogromo, había salido para cambiar ropa por comida. Normalmente nos ocultábamos en el sótano, pero aquella vez subimos al desván. Había una parte completamente destrozada, eso nos salvó. Los alemanes entraron en nuestra casa e iban hincando las bayonetas en el techo. No subieron al desván solo porque estaba destrozado. Lanzaron unas cuantas granadas al sótano.*

*El pogromo duró tres días y en esos tres días no salimos del desván. Nuestra madre no estaba con nosotros. No dejábamos de pensar en ella. Acabó el pogromo y nos pusimos en la puerta a esperar. «¿Estará viva?». De repente, por la esquina apareció nuestro antiguo vecino; pasó por delante de nosotros sin pararse, pero le oímos decir. «Vuestra mamá está viva». Cuando mi madre volvió, los tres nos quedamos mirándola; ninguno lloraba, se nos habían acabado las lágrimas, nos invadió una especie de apaciguamiento. Ni siquiera teníamos hambre (Guenia Zavóiner, siete años, en Alexievich, 2016: 52).*

”

Este texto, conmovedor al pensar la edad de esos niños, aborda la vivencia de la invasión alemana, con la consabida llegada de las políticas antisemitas del nazismo.

Esto se ve en dos momentos distintos, es decir, en la construcción del gueto, como concentración de la población judía, y en su asesinato, tanto el del padre, al inicio de la ocupación, como el del resto de los habitantes, más adelante. Otro elemento destacable es el término con el que se describe al asesinato de los pobladores de gueto, “progromo”, que hace referencia a las persecuciones que habían sufrido los judíos en tiempos anteriores en Europa del Este, y en el caso de Rusia durante el zarismo. De cierta forma, la experiencia soviética trajo una pausa en este tipo de acciones, al menos hasta los años finales del estalinismo.

### **Los ochentas: entre Afganistán, Chernóbil y Gorbachov**

A partir de los libros de Alexievich enfocados en la experiencia de los combatientes en Afganistán y de los sobrevivientes del accidente en la central nuclear de Chernóbil, la mirada en este apartado se enfoca en la etapa final de la Unión Soviética. Es decir, los fragmentos que se presentan a continuación permiten una aproximación a los años de estancamiento de la experiencia soviética, vinculados especialmente al largo liderazgo de Leonid Brézhnev, así como al contexto en el cual se desplegó la política reformista de Gorbachov.

En una de las pocas ocasiones donde aparece la voz de la autora en los textos, se señala lo siguiente:

“

*En el avión me toca sentarme al lado de un vehículo blindado que va atado con unas cadenas. Por suerte, el mayor que va en el asiento vecino está sobrio, los demás van borrachos. Cerca de mí alguien duerme abrazado a un busto de Marx (los retratos y los bustos de los caudillos socialistas se transportaban sin envoltorios); no solo transportan el armamento, sino todo lo necesario para los ritos soviéticos. Hay una pila de banderas rojas, rulos de cintas rojas... De las notas de la autora, 5 de setiembre de 1988 (Alexievich, 2016: 11).*

”

En este fragmento, que data de un viaje de Alexievich al frente afgano, se puede observar que la presencia soviética en ese país no solo supone la llegada del equipamiento militar que acompañó a los soldados, sino también de la simbología del poder soviético. Como señala Fitzpatrick, los comunistas tenían sus propios rituales, que incluían un lenguaje, una historia y sus propios símbolos, así como los textos sagrados (2019). Entre estos se hallaba el busto del fundador del “socialismo científico”, del cual la URSS se consideraba heredera, y las banderas rojas de la revolución. Es significativo, además, que estos elementos simbólicos estuvieran presentes aun en 1988, cuando la decadencia del “socialismo real” era patente. En cierta forma, se puede vincular con lo que afirma Vladislav Zubok acerca del “paradigma revolucionario-imperial” que guiaba la política exterior soviética, dado que la expansión política siempre iba recubierta del manto ideológico del comunismo, aun en sus momentos finales, lo que también traía la presencia de sus símbolos (Zubok, 2008).

Por otro lado, en el recuerdo de un combatiente se afirma lo que sigue:



“

*Después nos hicieron formar filas en el campo de instrucción y leyeron la orden: ‘Serán destinados a la República Democrática de Afganistán para cumplir con su deber internacionalista. Los que no lo deseen, que den dos pasos adelante’. Tres tipos salieron de las filas. El comandante de la unidad los devolvió a las filas con un puntapié en el trasero, dijo que solo querían comprobar nuestro espíritu bélico. Nos entregaron raciones de rancho seco para tres días, un cinturón de piel, y en marcha. Así fue la jugada... No me desanimé. Para mí era la única oportunidad que tenía de ver otro país. Y, bueno... a decir verdad... también... soñaba con traerme de vuelta un magnetófono y un maletín de piel (Soldado explorador, en Alexievich, 2016: 137).*

”

En este relato aparece, nuevamente, el recuerdo de una broma, que de alguna forma busca suavizar el rechazo que sentían algunos combatientes ante la tarea “internacionalista”. Es uno de los tantos recuerdos que muestra que las tropas movilizadas llegaron a Afganistán en medio de situaciones engañosas, o al menos sin tener clara conciencia sobre el destino al que se dirigían. Al mismo tiempo, los motivos esgrimidos por el autor del relato son muy explícitos acerca de la decadencia económica y social de la URSS, que agrandaba la nunca superada escasez de bienes de consumo.

Así, el destino en el frente afgano era una oportunidad de traerse objetos imposibles de hallar en las tiendas soviéticas. También muestra lo vacío que sonaba el discurso ideológico que, como vimos con Zubok, se seguía esgrimiendo para la política exterior soviética.

El relato del auxiliar sanitario que sigue a continuación, extenso pero valioso, va en la misma línea del anterior respecto a los bienes que ponía a disposición de sus habitantes la economía soviética:

“

*Los medicamentos eran escasos. No teníamos antisépticos ni de los más sencillos. O bien tardaba en llegar el suministro, o bien se nos agotaba demasiado rápido la cantidad que teníamos asignada: así es la economía de planificación centralizada. Entonces nos agenciábamos los fármacos de importación de los afganos como botín. En mi macuto siempre llevaba veinte jeringuillas desechables japonesas. El envase es de plástico, quitas la funda y pones la inyección. En las nuestras de la marca Récord se deterioraban los protectores de papel, no eran estériles. La mitad no succionaban, ni bombeaban, eran defectuosas. Nuestros suministros de sangre se administraban en botellas de medio litro. Un herido de gravedad necesita dos litros; eso son cuatro botellas.*

*¿Cómo te lo montas para aguantar, en plena batalla, el tubo de goma durante una hora con la mano tendida? ¿Y cuántas botellas puedes llevar encima? ¿Sabe cómo lo solucionan los italianos? Con un paquete de polietileno de un litro. Puedes saltar encima con las botas puestas y nada, no se rompe. Seguimos. Las vendas, la venda estéril de producción soviética. El envoltorio es tosco, pesa más que la venda en sí. Las de importación... las tailandesas, las austríacas... son más finas, más blancas, a saber por qué... Las vendas elásticas... esas simplemente no las teníamos. Así que también utilizaba las que incautaba como botín... francesas, alemanas... ¿Y nuestras tablillas? Son como unos esquís, ni de lejos se parecen a un artículo médico.*

*¿Cuántas puedes llevar contigo? Yo trabajaba con las inglesas; las había de medidas específicas: para el antebrazo, para la pierna, para la cadera. Eran hinchables, con un cierre de cremallera. Metes la mano por dentro y cierras. Así tienes el hueso roto inmovilizado y protegido de golpes, listo para transportar. En nueve años de guerra no fabricaron ni un solo artículo nuevo. La misma venda, la misma tablilla. El soldado ruso es el más barato del mundo. Es el más barato, no tiene pretensiones. No está equipado ni protegido. Es material consumible. Así fue en 1941... Cincuenta años después sigue ocurriendo lo mismo. ¿Por qué? (Cabo, auxiliar sanitario de compañía de reconocimiento, Alexievich, 2016: 43).*

”

Este fragmento es particularmente impresionante, por detallar las condiciones sanitarias en que combatía el Ejército Rojo en los años ochenta, siendo la URSS una superpotencia militar. Se repite la falta de bienes, en este caso médicos, para las tropas combatientes, lo que redundaba en lo señalado en el fragmento anterior. Sin embargo, se agrega la clara desventaja de los insumos soviéticos ante sus similares occidentales, que llevaba a los sanitarios a tener que tomarlos de los combatientes muyahidines afganos.

Justamente, aparece una cara del creciente rezago de la economía de la URSS ante sus competidores capitalistas, que marcaba el creciente desequilibrio económico entre los bandos de la Guerra Fría.

Dando paso a las experiencias de los que sobrevivieron a la catástrofe de Chernóbil, aparece este relato que Alexievich no identifica individualmente:

“

*Mi historia... Me llamaron y fui. ¡Hay que hacerlo! Era miembro del Partido.*

*¡Comunistas, un paso adelante! Esta era la situación. Trabajaba en la milicia. Sargento mayor. Me prometieron una estrella más. Eso ocurría en abril del 87. Había que pasar sin falta un control médico; pero a mí me mandaron sin más. Alguien se rajó, como se suele decir, trajo un certificado de que tenía una úlcera de estómago y a mí me mandaron en su lugar. Con sello de urgente. Esta era la situación. Ya entonces empezaron a correr los chistes. Al momento... Llega el marido a casa del trabajo y se queja a su mujer:*

*—Me han dicho que o mañana me voy a Chernóbil o entrego el carné del Partido.*

*—Pero si tú no eres miembro del Partido —le dice su mujer.*

*—Pues por eso, a ver dónde encuentro yo un carné.*

*(Coro de soldados, en Alexievich, 2015: 112).*

”

Nuevamente, el humor es la vía para expresar la realidad que vivían, donde la tragedia y el heroísmo parecían convocarse mutuamente, a la vez que lo extraordinario atravesaba y transformaba la vida de las personas. Primero, aparece la disciplina partidaria, el compromiso ideológico con la causa comunista, que movilizó a sus militantes a la lucha, en este caso contra un accidente nuclear. El destino individual quedaba sumergido en la convicción política, que imponía la acción colectiva. Segundo, el chiste mencionado muestra el anverso de lo anterior: el descrédito que tenía el régimen comunista para otros soviéticos en los años ochenta, que podían pensar la afiliación al Partido Comunista simplemente como un medio para evitar el destino a Chernóbil.

Para cerrar, nos encontramos con la voz de un ex apparátchik soviético:

“

*Pero, a ver, ¿qué es un primer secretario del Comité Regional del Partido? Es una persona corriente, con un diploma universitario normal, lo más frecuente es que fuera un ingeniero o un agrónomo. Algunos, además, habían acabado la escuela superior del Partido. Yo sabía de la radiación lo que nos llegaron a decir en los cursos de defensa civil. Allí no escuché ni una palabra sobre el cesio en la leche, ni sobre el estroncio. Pues bien, nosotros llevábamos leche con cesio a las centrales lecheras. Entregábamos partidas de carne. A 40 curios segábamos la hierba. Cumplíamos los planes. Con toda responsabilidad. Yo los sacaba adelante. Porque aquí nadie suspendió los planes. (...) Pues bien, sobre mi mesa tenía decenas de peticiones que decían: «Solicito que me manden a Chernóbil». De voluntarios. La gente estaba dispuesta a sacrificarse, sin pensarlo dos veces, ni pedir nada a cambio. Escriban ustedes lo que escriban, había sin embargo algo llamado «carácter soviético». Y también «el hombre soviético». Sea lo que sea lo que escriban, por muy alegremente que lo nieguen. (...) Usted lo habrá olvidado... pero entonces... las centrales nucleares eran el futuro. Más de una vez intervine. Hice propaganda. Había estado en una central nuclear: un silencio solemne. Todo limpio. En un rincón, banderas rojas y banderines de «Vencedor de la emulación socialista». Era nuestro futuro. (...) Mi nieta tiene leucemia. He pagado por todo. Un precio muy alto. Yo soy un hombre de mi tiempo. No soy un criminal (Vladimir Matvéyevich Ivanov, exprimer secretario del Comité Regional del Partido de Slávgorod, en Alexievich, 2015: 316-22).*

”

En el relato de este exdirigente comunista se pueden combinar varios trazos de la experiencia soviética. Por un lado, el peso de la planificación centralizada en la economía de la URSS, que implicaba un sistema coactivo, que reaccionaba muy mal ante los imprevistos. Sus esenciales rasgos, además, no habían sido modificados desde su formulación original en los años treinta. Por el otro, vuelve a aparecer el compromiso y la entrega de muchos soviéticos, dispuestos al sacrificio heroico a fin de salvar a su sociedad ante una adversidad inesperada, dada la confiabilidad existente en la industria nuclear soviética. Por último, la convivencia del dirigente político con el hombre de familia, con el peso de la responsabilidad asumida en la enfermedad de su nieta, pero que reivindicaba su labor en la catástrofe.

### **A modo de cierre**

Para terminar este trabajo, quiero darle la palabra a Alexievich, en su último texto sobre el fin del sistema soviético:

“

*Mi padre solía recordar que su fe en el comunismo surgió a raíz del vuelo de Yuri Gagarin. «¡Hemos sido los primeros! ¡Somos capaces de todo!», se dijo. Y en esa fe nos educaron él y mamá. Yo fui octubrista, llevé la insignia con la cabeza del niño con el cabello revuelto, fui pionera y miembro del Komsomol. La desilusión me llegaría más tarde. (...) A nosotros nos resultó más fácil asistir al desplome de las ideas comunistas, porque no estábamos vivos cuando esa idea era aún joven y fuerte, cuando aún no había perdido el aura mágica de un romanticismo fatal y seguía viva la esperanza alimentada por la utopía. Nosotros crecimos al pie de un Kremlin lleno de ancianos, en una época plenamente vegetariana. Los océanos de sangre vertida por el comunismo habían caído ya en el olvido.*

*Todavía se alimentaba el pathos de la utopía, pero ya era moneda común que ésta jamás cobraría vida (Alexievich, 2015: 9-13)*

”

En este trazo autobiográfico, la escritora bielorrusa plantea una de las trayectorias de las ideas socialistas bajo la experiencia soviética, en clave generacional, que es muy útil para analizar ese proceso. Para aquellos que llegaron a la madurez hacia la mitad del siglo XX en la URSS, la confianza en el modelo soviético y en sus logros era muy fuerte, dado que se sentían portadores de un proyecto superador para la humanidad. En cierta forma, es lo que señala Traverso al plantear el “principio de esperanza” que inspiraba a la izquierda en el siglo pasado. Empero, para aquellos que vivieron las décadas finales de la URSS, más allá de beneficiarse de los “años vegetarianos”, en referencia a la expresión de Anna Ajmátova al período previo a las matanzas del estalinismo, la decadencia y el descrédito en el ideario socialista estaba patente, por lo que la utopía había perdido fuerza como sustento de la experiencia cotidiana. En todos los textos seleccionados puede ser revisados las experiencias y las expectativas que tenían los soviéticos, al menos en la memoria de los anónimos entrevistados por Alexievich.

Los fragmentos comentados anteriormente son, como se señaló, el producto de una selección subjetiva, que abrevia tanto en el impacto que como lector tuvieron los textos de Alexievich, como en los múltiples diálogos que generan con otras lecturas realizadas. Es decir, la obra de esta escritora permite infinidad de selecciones, en relación a las nuestras trayectorias como docentes, así como a la historiografía en la que nos apoyemos. Además, permite hacer otros tratamientos diferentes al que se hace en este trabajo, en particular desde los estudios de la memoria, con su ya conocida pluralidad.

De cualquier manera, este es un camino de ampliación del campo de fuentes que se pueden usar para la enseñanza de ese pasado tan extraño y lejano para nuestros estudiantes en las aulas liceales, como lo es el de la experiencia soviética. En particular, también es una invitación al uso de la producción literaria como recurso para las prácticas de enseñanza.

Asimismo, la obra de Alexievich parece ser un buen camino para poder acercarse a ese “otro” que es el habitante del pasado. Lo que está presente en sus páginas es una aproximación a la tragedia humana, a sus múltiples dimensiones, algunas de las cuales nos pueden resultar inimaginables. Pero, al mismo tiempo, muestran la capacidad de agencia de las personas en la vida que nos toca. En fin, las voces de esos anónimos fugazmente rescatados logran sensibilizar al lector, al acercarse a esas experiencias tan excepcionales y, al mismo tiempo, tan cotidianas para ellos.

## Notas

<sup>1</sup> Una primera versión de este texto fue presentada en los Cursos de Verano del Instituto de Profesores Artigas de febrero de 2020, en una jornada realizada con Luciana Bauzá, Nicolás Bonomi y Abril Parodi. Asimismo, varias de las ideas planteadas fueron discutidas con los estudiantes del Seminario-taller de Historia Contemporánea del turno nocturno de ese Instituto, en los años 2017-2019. A todos ellos, así como a los asistentes al Curso, mi agradecimiento por sus comentarios, sugerencias y críticas.



## **Bibliografía**

Alexievich, Svetlana (2015): *El fin del "Homo sovieticus"*. Barcelona: Acantilado.

Alexievich, Svetlana (2015): *La guerra no tiene rostro de mujer*. Santiago de Chile: Debate.

Alexievich, Svetlana (2016): *Los muchachos de zinc*. Montevideo: Debate.

Alexievich, Svetlana (2016): *Voces de Chernóbil: crónica del futuro*. Montevideo: Debate.

Alexievich, Svetlana (2016): *Últimos testigos*. Montevideo: Debate.

Alfaro, Analía (2006): "22.400.000 km<sup>2</sup> sin un solo aviso de Coca-Cola", en Zavala, Ana y Magdalena Scotti (comp.): *Yo enseñé historia, ¿y usted? Una aventura hecha palabras*. Montevideo: CLAEH.

Cercas, Javier (2018): *El monarca de las sombras*. Barcelona: Debolsillo.

Erbetta, Emilia (2016): "François Dosse y los cruces entre historia, periodismo y literatura. Ese pasado que no deja de cambiar", en *Página 12*. 11 de diciembre.

Figes, Orlando (2009): *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*. Barcelona: Edhasa.

Fitzpatrick, Sheila (2012): *La Revolución Rusa*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Fitzpatrick, Sheila (2019): *La vida cotidiana durante el estalinismo. Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Getty, J. Arch, Oleg V. Naumov (2001): *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*. Barcelona: Crítica.

Jablonka, Ivan (2015): *Historia de los abuelos que no tuve*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Jablonka, Ivan (2016): *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lewin, Moshe (2006): *El siglo soviético ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?* Barcelona: Crítica.

Malia, Martín (2003): "Revolución cumplida". *Revista de libros*. Recuperado de: <https://www.revistadelibros.com/articulos/sheila-fitzpatricky-la-revolucion-cultural-rusa> [18 de mayo de 2020].

